

## (1) HÚRCA-MÉNDI.

¡Iránzu! Iránzu! ¿A donde corres sin aliento por la escarpada cumbre de Sorazu, saltando helechos y peñascos?

¿Ha sonado tal vez en las gargantas del Urola el temeroso *inrrinzi de guerra*, ó han encendido en las cimas de Mauria las siniestras hogueras que hacen temblar de espanto el corazón de las madres y las doncellas?

¡No, no! Tus manos no empuñan la belicosa azcona, ni cuelgan de tus hombros, las flechas emponzoñadas con el zumo del tejo! Tu no vas al combate, Iránzu!

Los hijos de tu raza entran en batalla cantando, y caen con el corazón tranquilo, ... las miradas serenas, y... hoy, tus ojos están sombríos como la noche, y brama tu corazón como la tempestad entre los bosques! ¿Sufres, y lloras, y corres?

También allí abajo, entre los castaños de Artadi, se vé á una doncella, dulce como la esperanza, hermosa como la dicha, suspirar tristemente al murmurar tu nombre!

¡Iránzu! Iránzu! ¿Porqué acudiste á la *Gara-paila* (2) de Artadi, si corría apacible tu vida en el antiguo solar de tus mayores?

¿No has oído alguna vez, que oscurecen sombras de tristeza y luto el destino de su hija?

Un día que esa hermosa doncella dormía, niña aun, en su cuna, bajo la encina de su puerta, acertó á llegar á su lado una vieja *astiya* (3) que se detuvo á contemplarla con profunda emociou.

De pronto, sus ojos se inundaron de lágrimas, y sus lábios trémulos murmuraron con tristísimo acento un nombre. ¡Era el nombre de su hija! De su hija que había perdido en aquella luna, y cuyo recuerdo hacia estremecer rudamente su corazón de madre! ¡Que hasta las *astiyas*, cuando son madres, tienen corazón y cariño, para esos ángeles que nacen de sus entrañas!

Enternecida á su memoria, quiso dar un beso en sus frescas y sonrosadas mejillas, pero la inocente criatura rechazó con horror y espanto sus besos y caricias. Despechada entonces la rencorosa *astiya*, lanzó sobre su frente, misteriosas palabras de maldición y muerte!

¿Nunca han llegado hasta tí, Iránzu, algunas de esas palabras?

Escucha! escucha! «Maldiga el infierno, exclamó, el alma del primer mancebo que haga latir tu corazón, y reciba tu primer beso de amor!»

Y tú eres el primero, Iránzu, que ha conseguido turbar el pensamiento de esa doncella; tú el primero que ha hecho estremecer de amores su alma virgen, tú el primero que ha merecido sus amorosas caricias.

¡Desventurado! Mas te hubiera valido encontrarte en tus montañas de Otopo con una manada de hambrientos lobos, que con los ojos garzos de la virgen de Artadi.

¿Cómo pudiste soñar en obtener la mano de esa rica heredera, tú, pobre segundon de Vizcaya, que tienes por única herencia, una teja, un árbol y una armadura? (4) Huye de ella, Iránzu! Olvida, que tal vez en este momen-

to te está esperando en su ventana, escuchando con el oído palpitante el rumor de tus pasos!

Pero ay! El hijo de Iránzu no volverá, porque está apasionado, y no volvería sin verla aunque tuviera que saltar la negra boca de la sima de (5) *Aitz-belz* que baja hasta el infierno!

Corre y corre!... y al fin llega á Artadi! ¡Oh! cómo late su corazón al dejar la sombra de los árboles que ocultan su ventana! ¡Oh! cómo tiembla y se estremece, al descubrir al fulgor de la luna, el peregrino rostro de la enamorada doncella!

Pero ella está triste, con los ojos henchidos de lágrimas, doliente la mirada, pálida la megilla!

Es que el ángel del dolor al pasar por su lado, ha dado en sus lábios un beso de muerte!

—¿Qué tienes tórtola de Artadi? esclama el jóven con apasionado acento! —

—¡Iránzu! murmura ella. —

—¿Lloras? —

—Si! si! —

—¿Qué pasa? —

—¡Huye de aquí, Iránzu! —

—¿Que escucho! —

—¡Oh! siento á mi padre que llega... retírate Iránzu! pero antes una palabra (6) *El Eche-jaun* de Igueldo ha pedido mi mano! —

—¡Sangre de mi raza! ¿Y que has contestado? ¿Qué dice tu padre? —

—Mi padre le acepta... y... yo... —

—¿Vacilas? —

—¿Qué he de hacer? Es mi padre! —

—¿Tu padre? Es verdad! Pero yo, yo soy tu amante! Oh! Dime: Me quieres? —

—¡Dios mio! —

—Entonces ven; huye conmigo!—

—¡Nunca, nunca!—

—Ven, ven! Yo te daré mi corazón y mi vida! Yo conquistaré para tí riquezas y nombre!—

—¡Imposible Iránzu!—

—Alma de hielo! Pero oye...—

—¡Calla! gritó en esto el viejo Artadi, asomándose á la ventana, y haciendo entrar á la jóven. Por el amor que te tiene mi hija, te doy nuevo plazo, pero no olvides; si dentro de quince dias no traes tus *millares* (7) la doncella de Artadi calentará el lecho del Eche-jaun de Iguel-do. ¡Que el cielo te ayude!—

—Será el infierno acaso, gritó con rábía el temerario mancebo, que el cielo está sordo á mis ruegos!—

Un espantoso trueno contestó á su sacrilega exclamacion, mientras un rayo partía á su lado el ancho tronco de un corpulento roble!

Iránzu levantó la frente, miró con insultante desden á la sombría bóveda, y echó á correr por la montaña, sin rumbo, sin objeto, rugiendo de rábía, é invocando á un tiempo al cielo y al infierno.

A la revuelta de una falda, apareció delante de él, una luz tenue y azulada, que se agitaba estremecida á cada uno de sus movimientos.

El jóven se detuvo un momento contemplándola absorto, pero su brillo pálido, misterioso, extraño, llenóle el alma de supersticioso espanto, y volvió para atrás por alejarse de ella. Pero irritado al poco, de no poder conseguirlo, revolvió de nuevo en su marcha, y se arrojó impetuosamente á su encuentro por ahuyentarla al paso. Pero todo en vano! Si él se adelantaba, la misteriosa llama corria por delante.... si él retrocedía.... retrocedía tambien, mas sin alcanzarle, y al fin si él se paraba, deteníase igualmente, siempre á la misma distancia, fasci-

nando sus ojos y corturbando su mente, con su fulgor fantástico y siniestro.

—Será mi destino, murmuró con abatimiento, y continuó su marcha abandonándose con fatal resignacion á su suerte!

¡Y corrian, y corrian! La luz por delante, flotando entre las sombras en movimiento trémulo... caprichoso..., Iránzu siguiéndola por detras, taciturno... sombrío.

Si algun montañés se acercaba á la senda que llevaban, y descubria la misteriosa llama, se santiguaba temblando, y apresuraba el paso.

Era muy de noche cuando llegaron á Iciar.

La luz entró calle arriba, y el jóven siguió tras ella.

Pero al doblar la plazoleta que se levanta frente á la Iglesia, la luz corrió sobre la puerta del templo, y despues de agitarse un instante en rápidos movimientos, se desvaneció entre sombras.

A pesar de la oscuridad, el jóven observó que la puerta se hallaba entre abierta, y se asomó al cancel para mirar adentro.

Negros pensamientos de crimen debieron brotar en su mente, porque al retirarse de la puerta, sus ojos brillaban con siniestro fuego.

Dominado por una emocion indefinible, volvió á dirigir sus avidas miradas al interior... y solo descubrió las sombras de las santas imágenes, que oscilaban á la trémula y moribunda luz de una lámpara.

Y entre tanto, sus negros pensamientos le acosaban cada vez con mas fuerza, y le enloquecian con tentadoras visiones de voluptuosidad y de amores, y le arrastraban al templo mostrándole sus riquezas.

Pero él, luchando todavia entre la voz de la tentacion, y la conciencia, murmuraba temblando, sin atreverse á entrar:

¡Oh! Aquella luz... aquella luz es la que me guía aquí! Luz de mi destino! ¿De dónde viene? ¿Tal vez de abajo? Pues bien, no importa! Si me dá los *millares*, me dá la felicidad!

Vaciló un momento... pero haciendo un esfuerzo, franqueó el umbral, y llegó con paso firme hasta el altar de la Virgen.

Ceñía entonces como hoy la frente de la santa Imágen una riquísima corona de oro y pedrería, y pendían de sus manos, unos rosarios de inestimable precio.

Al verse ya sobre el altar, Iránzu sintió flanquear sus piernas.

¡Oh! Si yo tuviera todo eso! decía dirigiendo miradas codiciosas hácia ella! ¡Oh! Si yo tuviera aliento! ¡Pero si es tan milagrosa! ¿Quién se atreve á levantar la torpe mano á su sacrosanta frente?

Y sin embargo, como instintivamente se iba acercando poco á poco á su lado!

Una ráfaga de aire movió la doble cortina que velaba á la sagrada Reina de los ángeles.

El jóven tembló... pero continuó sobre el altar.

De pronto, retemblaron los ecos de las anchas bóvedas con el prolongado retumbo de un cañonazo lejano... y luego... otro, y otro... hasta *veinte y uno*. (8)

Era el tierno y respetuoso saludo que desde el fondo del Occéano, dirigia algun bravo marino á Nuestra Señora de Iciar, la estrella de los mares.

¿Qué iba yo á hacer, desdichado?, murmuró, saltando del altar ¡Qué horror! Algun valiente.., mi hermano Joanes, acaso envía al través de las sombras de la noche, su Salve y sus oraciones á esta dulcísima madre, en tanto que mi mano sacrilega se adelanta á arrancar su sacrosanta coronal!

No! no! jamás! No mancharé con tal impiedad mi al-

ma! Vale mas morir de una vez! La muerte ahoga en sus brazos el infortunio y el duelo!

Asi diciendo, postróse de rodillas á los pies de la Virgen, y balbuceó una oracion, mientras dos lágrimas de fuego quemaban sus mejillas. Pero duraron poco tan piadosos sentimientos en aquel corazon benebido de soberbia.

El infierno, á quien invocó en su insensata desesperacion, turbó sus plegarias presentando á su imaginacion calenturienta, la seductora imágen de la adorada doncella, con los ojos arrasados en lágrimas, el seno palpitante, y llamándole con triste y apasionado acento.

Y él, en alas de su amor, creía volar á su lado, y estrecharla en sus brazos; pero venia el padre y los separaba, entregándola á su aborrecido rival que se la arrebatava para siempre. Y en medio de su delirio, se le figuraba oír distintamente aquellas odiosas palabras del anciano, que abrasaban su corazon, y enloquecian su cerebro; "No olvides, si dentro de quince dias no traes *tus millares*, la doncella de Artali calentará el lecho del Eche-jaun de Igueldo."

El amor, los celos, la ira y la venganza, arrojaron olas de fuego sobre su corazon orgulloso; un vértigo de rabia abrasó su cabeza, y poniéndose de un salto sobre el altar, desgarró las cortinas que velaban la Santa imágen, y arrancando la preciosa corona que ceñía su frente, echó á correr precipitadamente hácia afuera.

Al trasponer el umbral de la puerta, sintió estallar casi, en sus mismos oidos, una espantosa y diabólica carcajada, que heló su sangre en las venas, y retumbó como un ¡ay! de muerte en los últimos pliegues de su alma!

Loco de terror, se precipitó en violenta carrera por la falda de Murguizabal, sin reparar siquiera en la vieja *Astiya*, que oculta en uno de los salientes de la puerta,

le contemplaba sonriendo con siniestra satisfacción.

Y anduvo, y anduvo, hasta que se le oprimió el pecho, le faltó el aliento, y le flaquearon las piernas. Quiso detenerse para respirar un poco, pero al intentarlo, se le figuró oír de nuevo la aterradora é infernal carcajada; y dando un grito de espanto, volvió á correr por barrancos y torrentes con ímpetu insensato, arrojando espuma de los labios, y fuego por los ojos.

La noche era oscura, muy oscura! El vendabal se estrellaba silvando en los viejos robles, y sus secas ramas moviéndose á impulsos del viento, parecían fatídicos fantasmas que estendían sus brazos al criminal mancebo, mientras las sombras de los arbustos, de los peñascos, y de los zarzales, oscilaban por delante y por los lados, mintiendo á su aterrada fantasía, legiones de demonios que brotaba á su paso la tierra.

Y anduvo una hora... y dos... y seis, sin detenerse un punto, sin aflojar un paso, sin respirar apenas; hasta que al rayar el alba, dejó de oír la carcajada, se desvanecieron las sombras, y se calmó el viento.

Exánime y sin aliento, se detuvo al pie de un castaño para descansar un rato, pero queriendo conocer antes el sitio en que se hallaba, subió al árbol para dominar el terreno.

—¡Cuánto he andado! murmuraba, mientras subía. Debo estar lejos... muy lejos!

Era la hora en que el día luchando por abrirse paso entre las sombras, estiende por todas partes una luz turbia, apagada, y que confunde y desfigura los objetos. —"Nada distingo" decía el jóven,, clavando con avidez la mirada hácia el Oriente, donde el horizonte principiaba á teñirse con esa tenue claridad del crepúsculo, precursora del día.

De pronto, el sol rasgando con poderoso empuje las

sombras y las nieblas, inundó con torrentes de luz un magnífico templo que se destacaba oscuro y sombrío, al pié de los blancos peñascales de Andutz.

¡Oh! ¡Al reconocerlo, el desventurado mancebo sintió helarse su corazón de espanto, y el frío sudor de la agonía bañó su frente pálida y cansada!

El edificio que aparecía ante sus atónitas miradas, era la Iglesia de Nuestra Señora de Iciar, de la que no pudo separarse mil varas, en siete horas de frenética carrera.

Creyéndose víctima de algun ensueño, cerró los ojos por libertarse de vision tan pavorosa, y al abrirlos, vió aparecer de todos lados, hombres armados que se aproximaban registrando los jaros y zarzales.

Sin duda se habia descubierto el sacrílego crimen, y venian en persecucion de su autor.

Convencido entonces de la horrible realidad, dobló con mortal abatimiento la frente, y murmuró aterrado. ¡Milagro!

Entre tanto los hombres se aproximaban, siguiendo paso á paso sus huellas.

Íranzu lo conoció, y quiso saltar..., pero las alhajas robadas le pesaban como una montaña, y no pudo mover sus piés clavados al árbol.

Llorando su impotencia, quiso al menos arrojarlas de sí por ocultar su crimen, pero al meter la mano en el pecho, donde las tenia escondidas, sintió á su contacto carbonizarse los dedos.

En tan mortal angustia, hizo un último y desesperado esfuerzo para desgarrar la tela de su jubon, pero en vano agotó sus fuerzas. El frágil tejido resistió como si hubiera sido de acero.

Y entre tanto, los exploradores le habian visto, y se acercaban precipitadamente... y trazaban un círculo en torno suyo para cerrarle toda salida.

¡Oh! Entonces maldijo sus amores, su existencia, y su crimen, y soltando en su desesperacion el ceñidor de lana que traia á la cintura, hizo un lazo, se lo echó al cuello, y se colgó de una rama.

Al llegar sus perseguidores, le encontraron en las últimas convulsiones de la agonia, y solo vivió el tiempo que tardó en referir las tristes circunstancias de su sacrilego atentado.

Desde aquella época, la falda de la montaña en que ocurrió ese suceso, es conocida en la comarca con el nombre de *Húrca-méudi*, es decir *Montaña de la horca*. Se estiende por la izquierda del antiguo camino que conduce de Iciar al mar; y si algun curioso avanza por aquel lado hácia las desiertas laderas de *Arbill*, los pastores que apacientan sus rebaños en ellas, le enseñarán el punto en que puso fin á sus dias el mal aconsejado jóven; añadiendo, que en las negras noches de invierno, se escuchan los dolientes gemidos de su alma errante por los bosques!

FIN

## NOTAS.

- (1) *Húrca-méudi*. Doble palabra vascongada compuesta de *hurca* (horca) y *mendia* (montaña) equivalente á la castellana de *horca*, y cuyo nombre lleva el sitio en que ocurrieron los sucesos que se han referido. En tiempos atrás debió llamarse *Húrca-mendia*, es decir Montaña de la horca, pero suprimida con el tiempo la última palabra, hoy solo se le designa con la que sirve de título á la tradicion.
- (2) *Gara-paita*. Corte de helecho. Faena rústica, para la cual acuden al caserío donde se verifica, de todos los inmediatos, multitud de parientes y convecinos, á prestarles ayuda. Dura varios dias, y en todos ellos terminado el trabajo, se entretienen los jóvenes en bailar y en arreglar sus bodas, y los viejos en jugar, y contar epuñes ó cuentos, convirtiendo así una labor dura y penosa, en una verdadera fiesta de campo.
- (3) *Astiya*. Palabra vascongada, que equivale á la castellana de *aliviadora*.
- (4) *Una teja, un árbol y una armadura*. Por el fuero de Vizcaya heredó el primogénito todos los bienes, dejando á los demas tan solo sus armas como caballero; un árbol en significacion sin duda de que estaba arraigado en el Infanzonado, y una teja como originario de casa Solariega.
- (5) *Aitz-belz*. Peña negra. Conócese con ese nombre, una montaña de Mendaro, en la que hay una sima de profundidad desconocida, por lo que cree el vulgo que termina en el infierno.
- (6) *Eche-jauu*. Señor de casa. Llámense así les Señores de casas Solariegas.
- (7) *Millares*. Se designaba con este nombre la cuota de bienes raíces que exigía el fuero para gozar de los derechos forales; comprendiéndose mas tarde en lenguaje comun con él, porción de bienes procedentes de herencia, dotes, legítimas ú otro concepto.
- (8) *Hasta veinte y uno*. Era costumbre inmemorial en la marina vascongada, tanto de guerra como mercante, disparar veinte y un cañonazos al descubrir la Iglesia de Nuestra Señora de Iciar, venerada como especial protectora de los Navegantes.

